

# LA FILOSOFIA DE KISSINGER

LA paradoja del político consiste en que su filosofía y su práctica tienen que entrar continuamente en conflicto. El concepto de sociedad, país, mundo, que ha sido elaborado mentalmente y que forman su doctrina interior, que ha llevado como equipaje hasta el poder o la parcela de poder que haya podido alcanzar, se ven continuamente erosionados por las medidas de lo posible. Descubre pronto que el «poder» no responde realmente a su nombre, y que aun los autócratas, a los que menos responsabilidades se les exige, carecen de la verdadera fuerza de llevar a la realidad sus propósitos. (Hay otros políticos que no tienen más finalidad que la de escalar el poder por cualquier medio como satisfacción para sí mismos, sin una ética deliberada: el poder como fin, no como medio. No son enteramente despreciables, y puede suceder que en el equilibrio para conservarse o en el esfuerzo para ascender resulten más útiles a sus pueblos que los idealistas o los éticos.) La paradoja puede llegar a suponer, en unos casos extremos, que adopten posturas políticas contrarias a su propia filosofía.

UN ejemplo notable es el de Henry Kissinger. Niño en la república de Weimar (que condensó en sí misma una suma de imaginaciones y esperanzas democráticas de muy breve duración), niño judío en los albores del nazismo alemán, emigró con sus padres a lo que en aquellos años tenebrosos suponía para muchos europeos la gran ilusión: los Estados Unidos de América. Kissinger se había mecido en la cuna del «american dream», del sueño americano, desde antes de llegar a América, y se bebió la doctrina americana con sed. El fruto de este niño fue un adulto capaz de una amplia contemplación del mundo, y de ejercerla y enseñarla a los jóvenes americanos (que no habían tocado nunca el mundo trágico del que él veía) como profesor y como autor de libros de política internacional, como historiador de lo contemporáneo. Ese equipaje llevó al poder hace cinco años y medio (cuando le llamó Nixon, un político de

la raza de escaladores, que necesitaba sobredorar su latón con un buen intelectual), y en el ejercicio se le ha deshecho. Kissinger era todavía en el verano de este año el hombre más popular de los Estados Unidos y se pensaba en la posibilidad de enmendar la constitución para que un nacido en el extranjero pudiese llegar a ser Presidente. Y tenía el orgullo mundial de su Premio Nobel. Ahora es un político acusado por todas partes. Se le ha descubierto el doble fondo, la contradicción. La paradoja. La derecha del país —el ala derecha del partido en cuyo favor gobierna, el republicano— le acusa de tratar de reducir la posición de fuerza de los Estados Unidos frente a la URSS por medio de la negociación; le acusa de haber liquidado la guerra fría —no sólo con la URSS, sino también con China— en detrimento de los Estados Unidos; se le acusa de haber abandonado Vietnam y, lo que es grave en el país, de haber «traicionado» a Israel. Pero la izquierda del país le acusa de tramposo, de mentiroso: nunca resolvió de verdad —dicen— la situación de Vietnam; presidió la acción imperial sobre Chile, y no en una forma suave y aceptable —un simple cambio de régimen—, sino arrojando a aquel país el infierno de las represiones y del fascismo. Le acusan también de que es ambiguo en Israel (la izquierda de Estados Unidos es tan antiárabe como la derecha); le acusan de haber provocado una situación trágica en el Mediterráneo. Para los demócratas, la política exterior de reducción de tensiones es encomiable; pero ellos la iniciaron (Kennedy) y Kissinger la torció y la aplicó mal: ellos —dicen, claro— la hubiesen llevado adelante mejor, más de prisa, más fácilmente y hubiesen obtenido de la URSS y de China muchas más concesiones... Un senador demócrata, Jackson, está sabiendo reunir todas estas enemistades contra Kissinger: las del Ejército, las del «lobby» judío, las de los veteranos de Vietnam, las de la derecha republicana, las de los demócratas... Lleva Jackson su camino: el de optar a la presidencia contra Ford en 1976. Antes, en el camino, destruiría al principal soporte de la Casa Blanca, que sigue siendo Kissinger...



El secretario de Estado norteamericano se entrevistó también con el presidente argelino, Bumedian.



Kissinger con Sadat, en El Cairo, durante su reciente gira por el Oriente Medio.

**K**ISSINGER ha hecho ahora una larga declaración al periodista James Reston («New York Times», 14 de octubre) que algunos interpretan como su «testamento» o como su «canto del cisne». Es una declaración en la que está presente todo el tiempo esta contradicción entre el político de ideales y el político de práctica. Critica Kissinger que la política del Departamento de Estado ha preferido siempre los «intereses» americanos a los «ideales» americanos. De esta forma se ha visto llevado su Departamento —y todo el conjunto exterior de la política americana— a aceptar un «status quo» como válido. Por ejemplo, en cuanto se ha referido a los regímenes anteriores de Portugal y de Grecia, Kissinger reconoce que ha tenido que ayudar a gobiernos «cuyas políticas interiores detestaba», según Reston, como estos dos citados. En razón de que toda discusión política en el Departamento de Estado comienza siempre con el análisis de los intereses de los Estados Unidos antes de entrar en las tácticas, y «ese pragmatismo —explica Kissinger— si no está relacionado con un propósito final se convierte totalmente en una autodestrucción». «Uno de los males de la sociedad occidental es que está básicamente satisfecha con el "status quo", de forma que cuando tenemos gobiernos como el anterior de Portugal o el anterior de Grecia, la tendencia es la de no cambiarlos. Pienso que se trata de un concepto erróneo. La base política se erosiona de una manera invisible, y entonces los cambios suceden repentinamente y sin una base real para una evolución democrática, liberal, humana... Que finalmente debe ser puesta en pie con grandes dificultades».

**¿Y Chile?** En Chile había bases para una «evolución democrática, liberal y humana» y su régimen fue cambiado abruptamente. Sobre este tema, Kissinger quiere pasar velozmente y se siente poco firme. Pero no niega los cargos: procura justificarlos. Hay —dice— un «área gris» en la política internacional «entre el ejercicio de la diplomacia y el uso de la fuerza»: ese área debe ser controlada directamente por el ejecutivo y «en el grado de lo posible» por el Congreso. Sólo en el grado de lo posible... Chile estaba, sin duda, en ese área gris. Es el área donde se mueve la CIA. Porque una gran potencia debe mantener ciertas operaciones de inteligencia, aunque se produzca «un serio problema» cuando se convierte en «operacional e intenta afectar los hechos políticos en otra parte del mundo».

**KISSINGER** pretende elevarse, de todas maneras, sobre la localización de problemas; toma de nuevo en esta entrevista su condición de profesor de Harvard. Kissinger pretende que el mundo debe emprender rápidamente el sendero de la interdependencia para evitar «un caos social y político incontrolable», en el cual «la civilización occidental tal como la conocemos se desintegraría con casi total seguridad, porque conduciría primero (el caos) a una serie de rivalidades en las cuales cada región intentaría elevar al máximo sus propias ventajas». «Esto nos llevaría inevitablemente a pruebas de fuerza, de una u otra clase. Se ampliarían las crisis interiores en muchos países, los cuales se inclinarían cada vez más hacia modelos autoritarios. Creo que entonces

tendremos crisis que ninguna dirección mundial ("leadership") podría dominar, y probablemente confrontaciones militares...» (Hace aproximadamente un mes, Giscard d'Estaing confiaba a un periódico de los Estados Unidos su misma preocupación: que la serie de crisis actuales pudiera conducir a muchos países a tipos de régimen autoritario». Pero «hemos llegado a la situación paradójica de que en el momento en que la acción cooperativa es más grande han crecido también los sentidos de identidad nacional de naciones y regiones» (la elevación de votos regionalistas en Gran Bretaña, unos días antes de estas declaraciones, han podido sin duda inspirar a Kissinger, aunque hay datos más permanentes y mayores. Por ejemplo, el nacionalismo europeo (en tanto que continental): cuando los Estados Unidos intentaron «el año de Europa», sucedió que Europa estaba «demasiado absorbida por sí misma» y «cada país tenía su crisis de dirección». «Europa estaba tan preocupada por la formación de su identidad propia y tenía tantas dificultades para hacerlo, que todo concepto más amplio le parecía como una amenaza a la autonomía que había podido adquirir». La amenaza fue, sin duda, bastante real: la crisis del oriente árabe hace un año fue algo más que una amenaza. De pronto encontró Europa que sus bases conjuntas estaban en plena alerta nuclear sin que sus gobiernos se hubiesen enterado; de pronto se encontró con que la maniobra conjunta del petróleo la dejaba sin reservas de energía y daba un golpe durísimo a sus divisas y a su ya presente inflación... ¿Dónde estaba la estructura común? Ciertamente Kissinger sólo considera esa estructura común como algo relativamente posible para el futuro «a condición de que los Estados Unidos abandonen su predominancia tradicional y admitan que nuestros amigos del hemisferio occidental sientan sinceramente que las decisiones tomadas son las suyas...».

**T**ODO puede cambiar: estamos —crea Kissinger— en los albores de una nueva era. Pero, ¿de cuál? No lo sabe. El mundo puede inclinarse hacia «uno de los períodos de creatividad humana o hacia el principio de una extraordinaria crisis». Se trata de que ni los países comunistas ni los países capitalistas intenten el predominio: «Creo que cualquier intento de dominio en una edad nuclear puede envolver riesgos que son catastróficos e intolerables. Si permanecemos lo suficientemente fuertes como para evitar la imposición de la hegemonía comunista, creo que las transformaciones de la sociedad comunista serán inevitables».

**E**N otra entrevista concedida a un periódico italiano, Kissinger se ha definido a sí mismo como un «vaquero solitario». «Un cow-boy solitario, que debe llevar a buen puerto la caravana, observando el buen lugar y el buen momento...».

**E**L vaquero está cada vez más solitario. Quizá el partido republicano —Ford— considere que es el último lastre del complejo del Watergate que hay que soltar antes de las elecciones. ¿Puede llegar un momento en que el mundo eche de menos a este paradójico y contradictorio político? ■